





SOMBRA DE SANGRE



Clara Barceló Sellés

SOMBRA DE SANGRE



Primera edición: mayo 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Clara Barceló Sellés

© Salva Barroso y Ángel Luís Barroso: Portada

ISBN: 978-84-18250-86-6

ISBN digital: 978-84-18250-87-3

Depósito legal: M-11337-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi abuela. «¡Per tu, padrina!»



*La Caperucita Roja se acercó a la cama, y veía a su abuelita un poco
rara, y le preguntó:
«¡Abuelita, abuelita, qué brazos grandes tiene!»
—Para abrazarte mejor, hija mía.
«¡Abuelita, abuelita, qué orejas tan grandes tiene!»
—Para escucharte mejor, hija mía.
«¡Abuelita, abuelita, qué grandes ojos tiene!»
—Para verte mejor, hija mía.
«Abuela, ¡qué dientes más grandes tiene!»
—¡Para comerte mejor...!*

CHARLES PERRAULT



ÍNDICE

PRÓLOGO	13
1 UNA MALA NOTICIA	15
2 VESTIDOS Y MICRÓFONOS.....	29
3 DIFÍCILES PROPUESTAS.....	41
4 NUEVOS TRABAJOS.....	55
5 UN GRAN ENLACE	69
INTERLUDIO	99
6 SECRETOS COMPARTIDOS	103
7 UN EXTRAÑO CASO	115
8 LOS LOBOS.....	139
9 LA INVESTIGACIÓN	155
10 EL REENCUENTRO	183
11 EL DOLOR.....	201
INTERLUDIO	205
12 LA VERDAD	209
13 UNA DURA DECISIÓN	221
INTERLUDIO	233
14 GARRAS Y SANGRE.....	237
15 RESOLUCIONES.....	245
16 EL ROSTRO DEL LOBO.....	257
17 «TU VERDADERA IDENTIDAD».....	267
18 EL FIN DE LOS LOBOS.....	275
19 RENACER.....	279
EPÍLOGO	283
AGRADECIMIENTOS.....	289



PRÓLOGO

Todo estaba muy oscuro y el aire era cada vez más denso. Respirar cada vez se le hacía más difícil.

No sabía cuánto más tiempo perseveraría allí, pero esperaba morir pronto. No quería sufrir más. Le dolía todo el cuerpo. Cada cierto tiempo sentía cómo una puerta se abría y oleadas de dolor se le abalanzaban, arrancándole gritos de auxilio y sufrimiento.

Hacía tiempo que había renunciado a gritar. Además, se le había ido la voz por completo. Ahora tan solo oía cada vez la puerta abriéndose y unas manos duras como el acero provocándole dolor y, incluso a veces, algún que otro metal fuerte torturándola. Después su agresor desaparecía y ella se quedaba sola de nuevo en la habitación, esperando a que su vida terminara pronto.

Una vez llegó a preocuparse por la comida, ya que, si permanecía sin comer mucho tiempo, el sufrimiento sería aún mayor, pero ese mismo ser inhumano que la torturaba sin cesar también le traía comida y agua, un sándwich acompañado de un vaso de agua que después desaparecía sin dejar rastro.

Hubo un tiempo en que fue muy feliz, que vivió junto a sus padres y pudo tener éxito. La gente la adoraba por cómo era y por cómo hacía las cosas. Pero llegó a cansarse, ya que el mundo le exigía cada vez más y se olvidaban de que tan solo era una niña de trece años. Así que, cuando vio su oportunidad, trató de huir con un chico que había conocido para vivir su vida. Lamentaba haberse parado a pensar que debía parar en su casa para hacer algunas pequeñas maletas, coger dinero... porque cuando despertó se encon-

traba en esa habitación oscura, sin poder ver nada, sin poder sentir nada. Tan solo soledad, dolor y miedo. No sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces.

Algunas veces escuchaba una dulce música, algo lejana pero lo suficientemente clara como para poder oírla entera. Era una melodía procedente de una caja de música que primero denotaba felicidad, luego la música se oscurecía un tanto y cuando se suavizaba de nuevo, se paraba antes de que la melodía terminara dulcemente como un cuento de hadas que siempre acaba bien. Y entonces le infundía el terror. Porque sabía que su agresor quería que se fijara en la parte oscura, como para advertirla de que su suplicio no había terminado.

También le contaba una historia peculiar. Primero empezaba relatándole la historia de un muchacho que tenía un rebaño de ovejas que abandonaba en medio del bosque y del que luego se olvidaba por completo. Entonces llegaba el lobo. Este no se comía a ninguna oveja, pero sí las controlaba para infundirles terror. Finalmente, el cuento siempre terminaba igual, junto con una melodía que tomaba un tono melancólico y dramático:

*«No te muevas, no te muevas.
Vigilia diaria, vigilia nocturna,
obedece y serás duradera».*

UNA MALA NOTICIA

El chico apoyó la barbilla en la palma de su mano y se quedó observando unas cuantas botellas de cerveza que había en un estante, estéticamente ordenadas por colores. Después bajó la vista hasta su café y su plato con un trozo de Pan de la Amistad que había pedido al dueño del bar. Jayson sopló su taza de café y le dio vueltas, mordiéndose el labio inferior.

Esa mañana había sido muy dura en la redacción de la revista *A Little Shine*, en la que él trabajaba como periodista. Se acordaba de que años atrás aquella revista había sido muy famosa y exitosa, y mucha gente la compraba cada semana, pero en esos momentos, la fama había bajado cada vez más debido a la similitud que había entre todos los reportajes y al vacío de ideas que sufrían los directores creativos, por lo que las ventas de esa revista, la que en su momento había sido la más vendida no solo en el estado de Wyoming, sino también en Wisconsin, Michigan e Indiana, además de ser popularmente reconocida en Nueva York, habían disminuido temerariamente. Muchos de sus compañeros de trabajo aludían a excusas como la aparición de nuevas y jóvenes revistas virtuales y el fácil y gratuito acceso a los principales cotilleos en las redes sociales como el principal causante de la sequía económica que sufría la revista, pero Jayson sabía que aunque la revista también estuviera disponible en la red, sus contenidos ya no llamaban la atención, y otros medios de comunicación la habían despojado de su anterior éxito.

Jayson bostezó y se llevó la taza a los labios, soplando para poder beberse aquel líquido estimulante cuanto antes, ya que debía irse a su casa para seguir trabajando. Su director confiaba en él y le había pedido personalmente que investigase sobre algún tema interesante concreto que añadir a la revista de la semana siguiente.

Dio un pequeño sorbo y frunció el ceño. Todavía quemaba. Miró de soslayo el Pan de la Amistad que todavía no había probado y frunció los labios. Dejó la taza de nuevo sobre la barra y cogió el pan, llevándose a la boca y sonriendo al sentir el sabor a canela que le mejoraba el estado de ánimo. Un hombre de unos cuarenta años se acercó al joven tras la barra. Era Jeff, el dueño del establecimiento. Era de estatura media, delgado y con semblante de amable. Su pelo empezaba a estar canoso, pero cada cierto periodo de tiempo, el hombre se lo teñía para que no pareciera que se estaba haciendo viejo.

—¿Qué tal, Jayson?

El chico removió el café y sonrió vagamente. Aquel hombre, con quien compartía una grata amistad, siempre intentaba hacer sonreír a todos sus clientes.

—Como siempre, supongo. Aunque mentiría si te dijera que eso significa que todo va bien.

El hombre le devolvió la sonrisa y sirvió una cerveza que entregó a un hombre barbudo que la cogió y se fue a una mesa apartada.

—¿Es que algo no va bien?

Jayson sonrió tristemente y alejó un poco la taza de café, enderezándose en el taburete para estirar su espalda y sentir cómo crujían sus vértebras, pues mantenía una postura encorvada demasiado tiempo.

—Pues no, hay cosas que van mal, y una es el presupuesto de la revista. Ya no es tan alto como antes, y si sigue así, caerá en picado y ya no podremos hacer nada por recuperarlo. Y Jonathan está pensando en cerrarla antes de que eso ocurra. No sé si después querrá abrir otra, pero no lo sé, porque eso costaría mucho dinero.

Jeff frunció el ceño y golpeó la barra con los puños, atrayendo la atención de la clientela.

—¡No puede hacer eso! Yo leo esa revista y me gusta.

Jayson sonrió y apoyó la barbilla sobre una mano. Mirando enigmáticamente a Jeff.

—¿En serio? Creí que era tu mujer a quien le gustaba *A Little Shine*, no a ti.

El hombre miró hacia todas partes, como buscando alguna escapatoria. Pero finalmente, respiró hondo.

—Bueno, sí, así era antes. Pero ella iba dejándose las todas tiradas por todas partes y un día que no tenía nada que hacer me senté a hojear una y... bueno, te mentaría si te dijera que no me enganché a un reportaje, y luego a otro, y luego a otro. Y se puede decir que ahora soy yo el que las compra. Así también aprovecho y hago la compra.

El chico carcajeó y volvió a coger su taza de café, ahora más animado. En realidad, no sabía si su amigo decía eso para hacerle sonreír o en realidad le gustaba de verdad la revista para la que trabajaba, pero de todas formas agradeció esa muestra de apoyo.

—¿En serio te gusta? Yo llegué a pensar que la gente nos la devolvería por ser demasiado aburrida.

El hombre lo miró como si le hubiera herido en lo más profundo de su alma.

—Pero ¿qué dices, chaval? Esa revista me encanta. Ha sido lo que me ha impulsado a leer de nuevo a pesar de lo ocupado que estoy con el bar, y ahora se puede decir que soy más culto. No la cierres, tío.

—Eso díselo a Jonathan. Tal vez a mi jefe le da por obedecer a quien le sirve la merienda todos los días.

Jeff sonrió.

—¡Es verdad! Tal vez, cuando venga mañana a desayunar pueda comentarle esto que dices.

Jayson sonrió y se bebió todo su café. Dejó cuatro monedas idénticas sobre la barra y, antes de salir del bar, aconsejó:

—No te hagas el creído, que mi jefe no es tonto y no se deja engatusar fácilmente.

El chico no llegó a oír la respuesta de Jeff, pero se imaginó lo que debió decirle. Siempre le decía lo mismo: que él era capaz de ser muy persuasivo y que lograría que la revista no se fuera a pique. ¿Pero él qué sabía? Jeff jamás había estado en la redacción y era incapaz de saber lo que ocurría allí.

Jayson había estado muchos años trabajando para aquella revista, y ése era su gran sueño, lo había sido desde que lo contrataron, porque le permitía conocer a gente nueva que debía entrevistar. Si ahora la cerraban, no sabía qué sería de él. Tal vez podría enviar una solicitud con su currículum a alguna otra revista o a los periódicos, pero sabía que nada sería como antes. Allí había conocido a sus mejores amigos y, era extraño, pero también se llevaba a la perfección con su jefe. Jamás pensó que aquello ocurriría, pero le cogió gran estima desde que le nombró periodista del mes, y además lo publicó en el reverso de la revista. Si la cerraba, todo eso se esfumaría. Pero Jonathan era listo, y Jayson sabía que su jefe jamás haría tal cosa. De hecho, la revista era lo único que tenía y no la cerraría tan fácilmente. Y Jayson creía fuertemente en eso.

En cuanto llegó a la redacción, la secretaria le hizo una seña para que se acercara.

—Cielo, el señor Jonathan quiere que te reúnas con él en su despacho cuanto antes. Me ha encargado que te diga que, si vas ahora mismo, te subirá la paga extra.

Jayson rió para sí mismo.

—¿En serio? No sabía que el señor Jonathan fuera capaz de hacer tal cosa.

La secretaria sacudió una mano diciendo que lo olvidara y la obedeciera.

—No tardes, tesoro.

Jayson sonrió para sus adentros. Karla, la secretaria, era una mujer especialmente bella. Acababa de cumplir los cincuenta, y su cuerpo seguía pareciendo el de cuando era joven. Y su cara también, pero aquello le costaba varias sesiones de belleza a la semana. Nunca había podido tener hijos a pesar de adorarlos. Ahora era

una mujer soltera, divorciada, y cuando la contrataron en la redacción como secretaria, solía llamar a todos los jóvenes periodistas con palabras tiernas, tal vez para compensar su ansia de creer que era madre al fin. Pero era una gran mujer, Jayson se lo pasaba genial cuando iba a hablar con ella o, al final del día, cuando a veces se tomaban unas cervezas juntos. Se sentía de nuevo como en casa, y sentía que su madre no solo le cuidaba en casa, sino que tenía otra en el trabajo, para cuando tuviera problemas.

Se dirigió rápidamente al ascensor y subió hasta la planta donde se encontraba el despacho de Jonathan. Jamás supo por qué quiso construirse en la última planta; tal vez porque, al tener una mejor vista del cielo podía pronosticar con exactitud el tiempo que le deparaba a Cheyenne según el día.

Llegó a la puerta de su despacho y dio tres golpes secos con los nudillos. Se mordió el labio inferior, tratando de esperar paciente-mente, algo que le iba fatal. Cuando ya daba media vuelta dispues-to a irse, escuchó la orden de Jonathan.

—Entra.

Era un tono demasiado gélido para su tierno y agradable carácter, pensó Jayson, pero decidió a esperar a ver cuál era el motivo por el que su voz se mostraba así de fría. Abrió la puerta y esperó observando el sillón de delante de la mesa de Jonathan. Anterior-mente, cuando no había ningún problema, él solía sentarse allí sin pedir permiso cuando el redactor jefe lo llamaba a su despacho, y él no le guardaba ningún rencor, pero ahora que era capaz de po-nerse de mal humor, no sabía si sentarse o esperar por si solo era un segundo y debía abandonar el despacho de inmediato.

Jonathan pareció leerle sus pensamientos, por lo que alargó una mano señalando el sillón.

—Vamos, siéntate. No estés ahí plantado como un pasmarote.

Jayson avanzó a grandes pasos hasta sentarse en el sillón, y cuando estuvo cómodo, juntó las manos sobre su regazo, obser-vando a Jonathan, que no parecía demasiado contento.

—Nuestros informes económicos demuestran que la revista

está en decadencia. Parece que nadie sabe arreglar esta situación y tenemos que tener claro que no es un simple bache, sino un camino hacia el fracaso.

Jayson bajó la mirada. Él ya había pensado en eso, pero sabía que ahí no había acabado la conversación. Sin embargo, permaneció con la cabeza gacha hasta que su jefe volvió a hablar.

—He hablado con los directivos de cada departamento para tratar este asunto. Iremos a cenar mañana al *Roxy's Treasure* y encontraremos una solución que espero poder llevar a cabo cuanto antes mejor.

Jayson levantó una ceja.

—¿Y? —apretó los dientes cuando supo lo mal que había quedado esa pregunta. Tal vez pensaría de él que era un ignorante y dejaría de tenerle la misma estima de antes. Pero Jonathan pareció no percatarse.

—Tan solo te pido que vengas con nosotros. Desde que te contraté has destacado por tus buenas ideas y tu calidad de redacción, tal vez puedas aportar algo a la conversación. Y bien, ¿qué dices?

Jayson se mordió el labio inferior, pensativo. Realmente no sabía qué hacer. Él nunca había asistido a una reunión con todos los directivos, y ahora que se lo proponían, temía dar propuestas que no gustaran o resultaran nefastas para la revista.

—¿Vienes entonces? —dijo Jonathan sin esperar la respuesta del periodista—. ¡Genial, entonces te espero en el *Roxy's treasure* mañana a las siete! Aunque, si lo prefieres, puedo pasar a recogerte. Ya me lo han suplicado Chad y otros del Departamento de fotografía, así que, si te apuntas, formaremos un pelotón en el coche.

Jayson sonrió y se encogió de hombros.

—No, déjalo, tengo coche.

Sin embargo, Jonathan negó con la cabeza.

—¡Que no, hombre!, y de paso traeremos whisky para brindar por tu cumpleaños, que creo que es la semana que viene. ¿Cuántos años cumplirás, muchachote, treinta?

—Veintiséis —corrigió Jayson levantándose del asiento—.

Bueno, pues procuraré estar listo a las seis y media, si tenéis que venir a recogerme.

Jonathan soltó una fuerte risotada que resonó por todo su despacho.

—Así me gusta chaval, y ahora vuelve al trabajo.

Jayson le sonrió y salió de su despacho. De vuelta a su oficina se topó con Adam, su compañero de oficina. Los dos compartían uno de los veinte despachos que formaban la intendencia del Departamento de Redacción. Los dos tenían una mesa y ordenador propios, pero de tanto trabajar juntos se habían vuelto uña y carne. De hecho, ya se conocieron en la universidad, pero se trataban solo como a compañeros. Ahora que habían entablado esa fuerte amistad recordaban entre risas y copas cuando se saludaban con cortesía sintiendo al otro como a un completo extraño.

—¡Hey, Jay! ¿Qué tal te ha ido? Karla me ha dicho dónde estabas y ahora iba para allá. El jefe no te habrá tirado un rollo, ¿verdad?

Jayson negó con la cabeza entre risas y le estrechó la mano, realizando aquel saludo manual que se habían inventado hacía tiempo, como si de adolescentes todavía se trataran.

—¡Uuuuh! Todavía tienes que invitarme a cenar. ¿Te acuerdas de que me fastidiaste el partido de fútbol del mes pasado? Podemos buscarlo en internet y verlo juntos.

Jayson sonrió y asintió.

—¡Claro que sí! ¿Qué tal si te pasas por mi casa esta noche? Seguro que encontramos tu querido partido de fútbol en Internet.

Adam le chocó la mano y sonrió.

—Ahí estaré sobre las ocho. No hagas comida, seguro que sobreviviremos con varias pizzas y cervezas. Haré un pedido.

—OK, te estaré esperando.

Adam se volvió hacia las escaleras y se encogió de hombros.

—Oye, tengo que irme, me han llamado desde una escuela donde debo hacer un reportaje. Pero nos vemos esta noche, ¿eh?

—Hasta las siete.

—¡Ocho, hombre! —le recordó Adam bajando las escaleras.

Jayson rio para sí mismo y dio media vuelta, dirigiéndose a su oficina. Ya dentro, se sentó delante del ordenador y miró la noticia sobre modelos que había empezado el día anterior y no terminó por un asunto que tuvo que zanjar fuera de la redacción. La releyó tres veces y pulsó el botón de suprimir. Estaba claro que la escribió teniendo la cabeza en las nubes y le había salido una auténtica basura. Jonathan era un buen tipo, pero si leía esa pija se desharía él mismo de ella. Apoyó la sien sobre su mano y se quedó media hora pensando cómo reescribirla, pero no había ningún modo de hacerlo. No le venía nada a la cabeza para escribir algo interesante sobre esas modelos que parecían esqueletos. Estaba claro que se habían pasado con su régimen y ahora eran idénticos a los cadáveres de mentira que tuvo él en un tiempo en clase de biología.

Sonrió, rumiando que podría escribir eso, pero se negó. No podía poner su opinión en un reportaje. Tan solo podía charlar sobre las modelos, quiénes eran los diseñadores, cómo era la ropa y cuánto costaba aproximadamente. Él opinaba que era muy mala suerte que le hubiera tocado a él hacer un reportaje sobre ropa, ya que no sabía mucho sobre diseño, pero no había ninguna periodista en la oficina que estuviera libre para realizarlo. Así que le tocó a él. Trató de buscar información sobre colores, estampados y costuras en Internet, pero no halló nada que pudiera serle útil. A donde otros verían un tipo delicado de tela finamente cosido y con adornos para embellecer la pieza, él solo veía un trozo de ropa de un color. Estaba claro que no tenía mucha idea sobre ese tema. Él era como su padre: no le interesaba lo más mínimo. Claro que hubo una temporada que se interesó un poco en ir bien vestido y arreglado al instituto, donde conoció a Heidi, la que había sido su novia hasta hacía poco.

No había sido capaz de ver hasta hacía poco que su relación era inestable a causa de que aquella mujer le era infiel con un colega suyo y él no era capaz de asumir las verdades que le contaban sus allegados. Le partió el corazón cuando la vio en su casa con aquel, pero llegó a superarlo. Sabía que él era un desastre con las relaciones y siempre sería así.

Finalmente, apagó el ordenador, negándose a pasar otras cuatro horas delante de la pantalla sin haber progresado nada. Ya le diría a Jonathan que le pasara otra cosa, ya que a él le resultaba imposible. Decidió que era hora de marcharse, y tal vez iría a ver a sus padres con tal de pasear un poco y después volvería a su casa a prepararlo todo para cuando llegara Adam. Su mala semana había derivado en una incesante jaqueca por estrés que, creía, eliminaría con una buena noche de fútbol americano y la compañía de un amigo.

Tras despedirse de Karla, salió de la redacción y respiró hondo. El sol todavía estaba en su sitio, pero los colores rojizos y anaranjados que se extendían por el cielo señalaban que no pasaría mucho tiempo para que la luna ocupara su lugar.

La casa de sus padres no estaba muy lejos, tan solo a media hora de su trabajo, pero prefería andar un poco para hacer ejercicio a coger un taxi. Pasó por un puente y se paró unos segundos a observar el agua cristalina y azulada del río Cheyenne. De pequeño se paraba a mirarla y a veces sus amigos y él lanzaban barcos de papel que nunca regresaban. Ahora solo se divertía imaginándose a él mismo viajando lejos, muy lejos de allí, por el agua, hasta dar la vuelta al mundo. Fue su sueño desde que leyó *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne y creía que siendo periodista tendría la posibilidad de ser corresponsal y viajar, pero se equivocó completamente, ya que ahora la revista no tenía tanto éxito ni tantos fondos como para salir del continente a buscar noticias nuevas.

Retomó la marcha, esta vez más rápido, ya que el sol empezaba a esconderse. Miró su reloj de muñeca y se tranquilizó viendo que incluso tendría tiempo de tomarse una cerveza con su padre. Pero no debía abusar, ya que después con Adam ya se preocuparía de si se emborrachaba o no. Levantó la mirada hacia el campanario de Cheyenne en cuanto este tocó las siete.

Poco tiempo después, estaba en el portal de casa de sus padres, y tocó el timbre. Dentro se escuchaban ciertos susurros y una música pop a todo volumen. Jayson la reconoció al instante.

—¡Hola, cielito! —se alegró su madre al abrirle la puerta. Sus cabellos ya no estaban tan encanecidos como hacía poco, señal de que seguía yendo a la peluquería, pero Jayson notaba que se hacía pequeña o que él había vuelto a crecer.

—Hola, mami —interpretó con voz infantil, y se lanzó a los brazos de su madre, dejando que ésta le acariciara dulcemente los cortos y desgredados cabellos rubios.

—Cómo está mi hijito, ¿eh? ¿Cómo está mi niño? ¿Has trabajado bien hoy?

Jayson asintió con la cabeza y entró en la casa cuando su madre se lo permitió. Vio a su padre sentado en el sofá con una cerveza en la mano mirando anonadado la televisión, donde una jovencita de entre diecisiete y veinte años cantaba entusiasmada, exhibiendo un exagerado, pero bonito, vestido de lentejuelas azules. Jayson avanzó a paso lento y se situó a tres pasos del sofá, observando detenidamente a su padre. Estaba seguro de que se percataría de que estaba allí.

—Hola, hijo —saludó el hombre volviendo la cabeza para mirarle, pero apenas fueron unos segundos, ya que después la giró de nuevo como si no quisiera perderse nada del espectáculo.

Jayson frunció el ceño. Él y su padre nunca se habían llevado del todo bien, por la simple razón de que holgazaneaba muy a menudo y permitía que su madre se encargara de todo. Mientras Jayson estuvo en casa, se encargó de ayudar a su madre en todo lo posible, tal vez para hacer comprender a su padre que todos los que convivían debían compartir tanto comodidades como responsabilidades, pero ni se inmutó. Y cuando se marchó de casa, Jayson lamentó que su padre viviera con su madre, ya que la trataba como a una sirvienta. Pero su madre era feliz, según le había contado, ya que a veces el hombre le hacía reír, salían juntos a tomar algo y a pasear. Su madre se sentía satisfecha de su matrimonio y no le importaba ejercer de ama de casa toda su vida mientras viviera con el hombre que amaba, aunque Jayson estuviera en desacuerdo por completo.

—¿Qué miras? —preguntó Jayson sentándose junto a su padre, tal vez para iniciar una conversación que creía que acabaría en punto muerto.

—Uno de esos programas estúpidos de cantantes. No me gusta, pero es entretenido.

Jayson se fijó en la joven que ahora ocupaba el escenario. Llevaba sus largos y brillantes cabellos castaños claros recogidos en un moño alto y una pequeña corona ocupaba su cabeza. Sus pies calzaban unos tacones que solo de verlos Jayson se mareaba. No obstante, se fijó en la fuerza con la que cogía el micrófono. Estaba claro que estaba nerviosa, pero trataba de disimularlo sin demasiado éxito.

—¡Pero si es Astrid! Es un concierto de Astrid. ¿En serio te gusta?

El hombre se encogió de hombros y dio un sorbo a su cerveza. Sin poder evitarlo, Jayson se la arrebató de las manos y se la terminó de un trago.

—Bueno, no es que me guste, pero canta bien para tener diecinueve años. Y... me entretiene.

—¿Mientras mamá se pasa el día haciendo sus tareas y las tuyas?

El hombre gruñó por lo bajo y se cruzó de brazos, negándose a discutir de nuevo con su hijo.

—Yo la ayudo —murmuró, tal vez sin querer que Jayson lo oyera, pero no fue así.

Sin embargo, el joven se quedó mirando la pantalla y se teletransportó mentalmente al escenario en el que cantaba Astrid. Era una gran cantante que se había hecho famosa con apenas catorce años. Ahora debía estar de gira, recibiendo millones de dólares por cada actuación, y vendiendo miles de copias de sus canciones.

La madre de Jayson pasó junto a éste y le tendió una botella de cerveza helada que el periodista aceptó de buen grado. Tras dar unos sorbos, miró a su madre, que se había sentado en una silla, algo alejada de ellos dos, y juntaba las manos sobre el regazo, mirando tranquilamente la televisión.

—Mamá, que guapa estás —le dijo Jayson, haciéndola sonreír.

—Gracias.

—¿Quieres que te ayude en algo antes de irme?

—¿Te vas? —le preguntó sorprendida—. Creí que te quedarías más tiempo.

—No, es que, verás... hoy he quedado con un amigo para ver el partido de fútbol de la NFC del mes pasado. Los Chicago Bears jugaban contra Los Seattle Seahawks.

La mujer sonrió y se levantó.

—Está bien, cielo. Nos veremos otro día..

Jayson se la quedó mirando con los brazos cruzados y se levantó.

—¿En serio? ¿No quieres que vaya a comprarte algo o que te lo traiga de algún sitio?

La mujer negó con la cabeza y se acercó para besarle en la frente.

—Que te vayas, Jay, estamos perfectamente.

—Está bien. Pues hasta otra, mamá —se despidió abrazándola con fuerza y besándola en el pelo. Olía fenomenal. Luego se volvió hacia su padre y esperó pensando qué hacer—. Adiós —dijo finalmente.

El hombre gruñó algo ininteligible y sacudió la mano a modo de despedirse, sin dignarse a mirar a su hijo.

Jayson dio media vuelta y salió de la casa, mirando su reloj. Todavía tenía media hora para llegar a su casa y prepararlo todo antes de la llegada de Adam. Debía apartar las cosas frágiles y esconder el cava y vino blanco que almacenaba para las fiestas. Si no, cuando Adam se emborrachara, no le dejaría nada en su despensa.

Con una sonrisa emprendió la marcha hacia su casa. Pero a mitad del camino pasó un coche con una música a todo volumen. Y Jayson la reconoció al instante.

Astrid.

Adam no tardó en llegar. Y las pizzas tampoco. Adam encargó una tropical, la favorita de Jayson, y otra de pepperoni, su predilecta. Jayson tenía el ordenador sobre la mesa del salón, donde se había descargado el gran partido de fútbol americano que ambos ansiaban ver. Los dos amigos se sentaron y devoraron las pizzas con gran rapidez, y lo mismo hacían con una docena de cervezas frescas que Adam compró.

—¡Ánimo, chicos! —gritaba Adam eufórico, moviendo frenéticamente las piernas, señal que delataba su enorme nerviosismo.

—No te preocupes, van a ganar. Lo anunciaron por la radio durante toda la semana siguiente al partido.

Adam se terminó una cerveza de golpe y se retrepó en el sofá.

—¡Menos mal! Ahora iba a empezar a comerme las uñas si hicieran otro fallo estúpido.

Jayson sonrió y clavó la mirada en la pantalla. Sentados en las gradas, los espectadores gritaban como locos, blandiendo distintas banderas, y abucheando al equipo contrario. Algunos incluso se habían pintado la cara.

—Oye, ¿qué tal está tu chica? —preguntó Jayson, pero sabía que Adam no le respondería.

—¿Qué chica? —se mofó soltando una risotada.

Jayson no pudo más que corresponderle, viéndose en su misma situación.

En ese momento el partido se detuvo y varias imágenes publicitarias aparecieron, dejando a los dos jóvenes intrigados y furiosos.

—¿¡Se grabaron incluso los anuncios!? —gritó Adam, mordiéndose una uña.

Jayson se encogió de hombros, visiblemente molesto. Él creyó que solo se había grabado el partido, pero el que lo hizo, debió quedarse dormido o distraído, ya que también grabó todos y cada uno de los anuncios publicitarios. Sin embargo, llegó uno de un perfume en el que la modelo agitaba el frasco con elegancia, rociándose por el cuello y sonriendo a la cámara. Jayson frunció el ceño al reconocerla.

Astrid.
Estaba harto de ella. De veras que sí.
Movi6 el rat6n y pas6 los anuncios hasta avanzar hasta donde
se habían quedado del partido.